



La cara en la máscara

A los Fundadores de la Tradicional Morenada Auténtica, hoy "Morenada Central"

Cae la máscara sobre el rostro, la máscara que acaba fundiéndose en la cara. Un aire de eternidad el mito reconviene; la historia mascullando su irreverencia se yergue como un árbol a pesar de sus frutos. Incorporados detrás de la máscara danzamos también con el gesto, danzamos y la muerte ha dejado de abrazarnos. Acaso todos agolpados tras la careta abarrotada, tras el rostro que no deja de encaramarse en la máscara, atravesando un puente de identidades magnánimas. La banda comienza a enardecer la mirada abrazada por los destellos; respiramos nuestro grito, nos respiramos, y al fundirnos en el hábito crece la certeza de un corazón fascinado:

Levantad los cetros !

Levantad los cetros !

Consumaos en vuestras devociones !

Con la matraca en alto y el cuerno en la siniestra, el paso nos conduce a nosotros, a nosotros que miramos, allá en la Plaza del Socavón, la Ñusta del Santuario.

Danzad para ahuyentar los maleficios, para anudar el día y la noche, danzad que la tristeza no deja de fundar una esperanza subversiva, un interregno de placer donde la voracidad de lo desconocido nos erige en un poema heroico:

Ah, hombros culposos

resistid el peso

del monumento artesanal,

no dejéis que el viento venoso

os derrumbe,

tiemble el cielo

y no el suelo de las prosternaciones

Hemos aprendido a vivir transitando estas reconditeces. Algo de coca, vino, mineral y sangre nos desvela. Mientras las tubas salmodian imbatibles melodías, la boca recita fervorosas promesas. La vida y la muerte, el pasado y el futuro, el cuerpo y el espíritu, el cielo y el infierno se agitan en el sudoroso semblante. El cuerpo cimbreante ya no nos pertenece, sus apetitos se consuman en la vehemencia plural. Resplandor y deseo nuestro tránsito. El sudor nos recuerda que también somos un río de recónditos orígenes. Mas la herida fulgura y sus belfos cantan la canción de los desposeídos.

Nacemos y morimos mientras la máscara nos luce imperterritos frente a la muchedumbre. Sí, alguien nos mira agitando con matracas y látigos, con corpulencias inéditas labradas por la historia: caras de negros, rumorosa rebeldía de guiñapos, proceloso gemido de los condenados. Y rotar los ojos trescientos sesenta grados para avizorar algún universo mayor, y rotar trescientos sesenta grados el cuerpo para saber qué ovaciones ostentan los suspiradores sacros. Y si hay devoción y aguardiente y lo otro, el íntimo incólume se

prosterna máscara a la redonda.

Soy el liberto mayestático, el achachilla erotizando su jadeo entre dos reinos, soy el sueño que suda la máscara y se perla en su denodado tránsito, soy la comba en que se instauran preces angustiadas, pero también soy el cuerpo que asciende cual sustancia intocable hasta rematar en un sol rotundo sobre la barroca faz de la careta. Casi loando en el abismo soy mi propio cómplice, mi propio caporal, mi propio pasado que me pervive.

Algún trópico acusa este fervor, negra piel trastrocada en cobriza voz que no se apaga. Pesadas cadenas atadas a los huesos de nieblas coloniales, oscuros hisopos salpicando de sangre el negro de la mita, íngrimas duenderas sonsacándole infinito a la tambora, y del oscuro vino que los sentidos albrician el levitante néctar de la coca. ¿Qué impenitente mirada hizo resucitar del malamado corazón nocturnal este cuerpo que se agita con paso lento sobre el pavimento vespéral?

Por las ranuras de la máscara espío la exultación del prójimo. El escarceo de su humanidad empuñando otro cetro de hirsuta algarabía. Y el deseo que maquilla sus ficciones, para abrirle con puñal de obsidiana el pecho al protocolo. Santiguándose la panza los corifeos de la fanfarria, agitan las flámulas, reinventan su carne manchada por la rutina y dan de comer y beber a quienes les dan de comer y beber con un sonido de trompeta y un olor a eternidad.

Entre la cara y la careta hay una jeta de distancia. Me hundo en la licuefacción de los sentidos. Lenguas de fuego que se aferran a lenguajes de juego, las botas han crecido hasta ahorcarme, un aliento tibio y turbio es traspasado por el aliento de una idea:

La plenitud es la mejor venganza contra la muerte..

"Carnaval de Oruro lo mejor del mundo"... ¡mi voz estalla en un carajo! Venal el sopor como una alegoría, mientras el jadeo remonta el suspiro.. el socavón ritma el alma de la respiración/el corazón/la matraca/ el paso y el pestañeo ebrio de la tarde. La ñufla es un don para quien enciende velas al crepúsculo. Y entre oblaciones, ovaciones, filmaciones, confusiones y delectaciones, como un bruñido astro cuyo asunto es este mundo, la banda Poopó, Poopó, la banda Poopó, Poopó.

Cascadas de terciopelo o piel de lobo y tempestades de seda junto al ancestral tejido de voces, bordada la lejanía en el fervor del deseo, el alma en ristre, la piel en vuelo; y yo furioso, pleno de mí mismo, tras las mostacillas y las perlas apócrifas forjándome el instante, ¿qué soy dentro este portentoso animal pintiparado y destellante, qué negro lacónico, qué mestizada fe, qué viento subversivo?

Entrando el templo la Virgen Morena me guiña

Afuera la estrella de la mañana refleja un atardecer antiguo

Cae la máscara

Y alguien retorna con la mirada inocente

Al corazón del silencio.

EDWIN GUZMAN ORTIZ. Oruro - 1953. Poeta y escritor. Ha publicado De/lirios y La Trama del Viento.